

EMMA GODOY, *Mahatma Gandhi: el hombre que se educó a sí mismo y a su pueblo*

Ed. Jus., México, 1988, 280 pp.

La autora (Gto. 1918- D.F. 1989) escribió más de quince obras en las que vuelca su vida y su experiencia como literata, pedagoga, filósofa y psicóloga. Estudió en la Normal Superior, en la UNAM, en la Sorbonne y en el Louvre. Ganó el premio W. Faulkner por su novela **Érase un hombre pentafásico**. Publicó cientos de artículos en las revistas **Ábside**, **Istmo**, **Señal**, **Kena** y otras. Condujo un programa en la XEW, «El mundo de la mujer», durante varios años y fundó DIVE (Dignificación de la Vejez) e INSEN (Instituto Nacional de la Senectud).

La elección de su obra **Mahatma Gandhi**, se debe a que en ella revela, más sistémicamente, su teoría de la educación.

La educación consiste *en aprender a ser hombres. El oficio humano es el primero de los oficios. Los otros vienen por añadidura* (p. 63). Pero, ¿en qué consiste ser hombres? Emma Godoy parte de la unidad sustancial de cuerpo y alma, de la que inmediatamente infiere la necesidad de armonía y de jerarquía entre los valores que configuran la plenitud humana.

Hay entre el alma y el cuerpo, entre el espíritu y la materia, una forzosa correlación. (...) Por el bien del espíritu es preciso velar por lo material (...). La moral exige que se cuide la economía, así como el alma necesita que se vigile la dieta alimenticia (p. 167). Y aunque la naturaleza y la dignidad humana la tenemos desde nuestra concepción, la conquista de nuestra personalidad requiere el ejercicio de nuestra libertad: uno nace con un temperamento producto de herencias ancestrales. Se es como se es. Pero algunos —los mejores— un día se miran y no se gustan. Dirán: voy a rehacerme, voy a re-crearme para no ser como soy sino como debo y quiero ser. Toman su naturaleza, la moldean, la cincelan, la transfiguran. Crean un hombre nuevo. Ya no son hijos de sus padres sino hijos de sí mismos. Nadie los reconoce, como no se reconoce a un bloque de piedra cuando de ella se ha hecho una estatua. Del ser original sólo queda la materia prima, pero lo que cuenta allí es la forma.

Sin embargo, el hombre no es como la piedra que, en recibiendo los cincelazos, ya permanece como la dejó el artista. No, el hombre tiene que esculpirse todos los días, todas las horas, todos los instantes, porque si no vuelve a ser lo que era (p. 130).

Hago hincapié en la autoeducación porque al ser el propio educando la causa eficiente primordial de su proceso de mejora, la libertad personal juega el papel más importante, ante lo cual el educador —como causa instrumental y secundaria— tiene que reconocer su limitación.

¡Primero al hombre, primero transformar al hombre! No es posible resolver ninguna situación angustiosa tratando de

mudarla a ella misma, cuando su raíz está en lo torcido de los corazones humanos. Es desde allí donde debemos plantearnos cualquier problema —personal o público—, si queremos darle exacta solución (p. 102).

Emma Godoy no se va por las ramas: ha de tocar fondo cuando se trata de sentar los pilotes del edificio a construir con la educación. La dignidad humana tiene su causa en la condición de que *cada hombre lleva en sí, como un relicario, la chispa del Sol divino, y ofender al individuo más miserable ya es ofender al Altísimo (p. 29). En él habita Dios y por eso debe respetar a los otros y hacerse respetar (p. 69).*

Esta realidad de nuestros nexos con la divinidad nos sitúa en nuestra condición de creaturas y nos abre horizontes en un aspecto prioritario por cultivar en toda educación: el religioso. Hablando de Gandhi, la maestra Godoy se extraña del descuido de este renglón. *No nos explicamos por qué siendo la India un país esencialmente religioso, fallara en las escuelas esta educación básica. Cuando ni la familia ni la escuela se ocupan de encauzar esta formación pueden los educandos quejarse, como Gandhi, de que muchos años de su existencia deambularon desorientados (p. 30). Más tarde, por cultura, podrán adquirir conocimientos; pero cuántas veces se quedarán en noticia teórica fría, sin llegar al conveniente equilibrio con el sentimiento religioso (p. 31). Esta carencia de piedad doctrinal propicia actitudes de una cierta tolerancia que dejan la duda de que si es hija del respeto a la fe ajena o más bien fruto de la carencia de solidez de la convicción propia. Los titubeantes suelen dar igual derecho a todas las doctrinas, como si se tratara de nuevas hipótesis probables. No siempre la*

tolerancia es cortesía y caridad; con más frecuencia encubre hipócritamente el escepticismo (p. 31).

El encuentro y trato con Dios requiere de silencio. Quienes tuvimos la suerte de conocer a Emma Godoy nos consta cuánto estimaba la soledad. Por eso se proyecta al escribir: *¡Es tan difícil que alguien comprenda al solitario, al silencioso, al que se retira para buscar su alma! Todos se empeñan en hacerle compañía robándole su soledad, todos lo invaden con sus voces y no le dejan escuchar a Dios* (p. 50). *Cuánto puede perfeccionar el aislamiento..., oportunidad de introducirse dentro del alma, jardín para un «rendez vous» con Dios* (p. 96). Pero no se piense que esta vía conduce necesariamente a una vida monacal o que es descamino de misántropos, hurafios y egoístas, cuando Dios es Amor, generosidad sin límites. Tanto el que se aparta del mundo como el que permanece en él por vocación, necesitan cultivar su soledad para profundizar en su oración.

La unidad de vida de quienes luchan contra la esquizofrenia y el divorcio entre las realidades temporales y las sobrenaturales encuentra en este párrafo su expresión bella y exacta: *Las actividades humanas, en la antigüedad ligadas a lo sagrado, habían huido como el hijo pródigo de la casa paterna, y al lograr su huérfana autonomía sufrieron hambre y se alimentaron con comida de cerdos. Ahora retornan al Padre. Ya no hay diferencia entre lo profano y lo religioso porque todo vuelve a ser sacro. Por eso cualquier actividad merece ejecutarla con respeto y veneración: tiene el sello divino* (p. 140).

La admiración por los primeros cristianos campea frecuentemente en sus escritos como ejemplo de fortaleza, heroísmo

e impotencia para quienes se enfrentan a ellos. *Si se les amenazaba con expropiarles sus bienes, ellos ya por su voluntad se habían desposeído. Si se les convertía en antorchas humanas embarrándolos de brea para que alumbrasen las noches de fiesta en los jardines del palacio imperial, daban las gracias al emperador; o cuando se les echaba a la arena del circo a que las fieras rugientes los devorasen para servir de diversión a las masas ávidas de espectáculos sangrientos, ellos ya habían despreciado esta existencia y, anhelando la Vida verdadera, seguían cantando hasta que las fauces del león africano les estrangulaba el himno triunfal en la garganta. ¡Qué desesperada impotencia de quienes clavan el cuchillo en la espalda del justo y se hallan con que es un cuerpo deshabitado, porque ya ese hombre sólo mora en su espíritu»* (p. 97).

Cuando la fe ilumina la vida entera del educando, el éxito y la derrota cobran su verdadero significado. Cuántas veces se deja de educar en este renglón y las respuestas soberbias o suicidas —a corto o a largo plazo— dan al traste con la felicidad en esta vida y en la otra: *Al hombre sólo le corresponde luchar infatigablemente, mientras que el triunfo o el fracaso de esa lucha se lo reserva Aquel que gobierna el universo* (p. 98). *Claro que los santos también yerran. «El justo cae siete veces», afirman las Escrituras. Sí, igual que el pecador, sólo que hay una diferencia: el bueno, tras de cada tropiezo, se levanta* (p. 131). Y un educador siempre está próximo para ayudar a levantarse, espera y confía que su educando quiera volver a empezar.

La maestra Godoy vincula fuertemente la pedagogía con la ética, como que parten del mismo axioma: el amor. *¿Acaso*

la moralidad no consiste toda ella en amor, en amor positivo y universal? (p. 157).

Si la educación es el proceso y el resultado de la conquista de la propia libertad que va en pos de los valores que perfeccionan al hombre, se entiende que *elegir entre erudición y personalidad, entre información y formación, entre el saber y la moral, entre aprender y ser, ¿quién en su sano juicio dudaría? Da lo mismo que escoger entre las tinieblas y la luz, entre la muerte y la vida. Es audaz esta teoría pedagógica, pero es exacta. Así lo juzgarán los pedagogos valientes. De la preeminencia de la ética sobre la ciencia es de lo que está hambriento el mundo, y si no se le da pronto, va a morir* (p. 63).

Pero los enemigos de la libertad convocan a batalla y hay que hacernos violencia. *La lucha contra las esclavitudes interiores [es] la más gloriosa de [las] batallas* (p. 222). En cambio, hay que vivir y predicar *«esta dulce esclavitud al Bien, para fortalecer la voluntad y acatar la eterna Ley Moral. La firmeza no debe convertirse en rebeldía ni la libertad en puro capricho* (p. 223).

En repetidas ocasiones escribe que todos *llevamos un héroe dentro, un titán dormido. Y es fácil hacerlo despertar. Basta con arrojar dentro de nosotros la palabra dignidad* (p. 189). *Hay millones de casos en que un hombre que era sin brillo en la paz de su aldea, realiza actos prodigiosos a favor de un camarada al que jamás antes siquiera había visto. No se le hubiera revelado a él mismo nunca ese gigante que llevaba dentro si hubiera permanecido en la paz burguesa para asomarse a una dimensión colosal de sí mismo. No estamos por la guerra, pero en honor a la verdad, hemos de reconocer*

que las virtudes de la guerra son a menudo mil veces más portentosas que las de la paz (p. 54).

La formación moral de un hombre, igual que la de un pueblo es un reto para un educador, porque hay que *hacerlo merecedor de la independencia y no víctima de una libertad irresponsable* (p. 14). *Los pueblos, como los individuos, tienen que educarse para la libertad, si no, la libertad misma los arrolla... Que la libertad halle hombres dignos y con elevados ideales éticos, no chusmas ambiciosas y agresivas que se destruyen entre sí: ése es el meollo de la labor educativa* (p. 162).

La moral es vida y sólo se aprende viviéndola (p. 64). La educación ha de fomentar todas las virtudes. Entre ellas, la maestra Godoy destaca el *no perder ocasión de servir y de despertar en todos ese mismo sentido fraternal* (p. 56). Pero el espíritu de servicio ha de basarse en la humildad y en la fortaleza: *el perdón es el ornato del valiente* (p. 100). Hay que tender *un puente sobre el río turbulento de las pasiones..., mientras a la gente vulgar se la lleva el torrente y la azota contra los pedruscos, el hombre íntegro desde arriba persiste sereno y ni siquiera lo salpica el agua. Hay algunos seres superiores que lograron un nivel altísimo de independencia de las presiones internas y externas. Si quizás son muchos los que puedan resistir valientemente un fracaso, ¡qué pocos serán, en cambio, los que permanezcan impasibles y no sucumban ante la lluvia de oro de los triunfos* (p. 107).

La valentía hay que ejercitarla *como los caballeros medievales: medirse con un rival que esté de pie. Ser incapaz de atacarlo a mansalva viéndolo postrado* (p. 100). No hay que querer *nunca ser un orgulloso triunfador sobre los enemigos,*

sino un amigo empeñado en persuadir al amigo con protestas y bondades, con serenidad y dulzura hasta conseguir que entre en razón (p.101).

Gozar con el bien moral, desgraciadamente parece no estar al alcance de todos. La ceguera axiológica se da tristemente en las diferentes esferas. *Es que así como hay muchos incapacitados para percibir la belleza de una obra de arte, los hay mutilados de la facultad de goce para los sentimientos morales* (p. 84). Y el educador ha de compadecer a quien adolece de tamaña deficiencia, pero a la vez, pacientemente y con fortaleza, ha de decidirse a «operar» buscando la causa y proponiendo el remedio saludable.

La clave de todas las máximas morales, es la búsqueda de la verdad, pero no sólo la teoría cierta, meramente especulativa; es sobre todo la verdad práctica, esa orientación segura para no perdernos en el laberinto de la vida... En la vida práctica la verdad no anda sola, sino que arrastra consigo una multitud de virtudes éticas (p. 69). La prudencia, por ejemplo, controla nuestra actividad y nos impide parecernos a esos desbocados que primero hacen y luego piensan, o no piensan (p. 197).

La interrelación de los valores supremos la deja clara —juntos, pero no revueltos— y afirma su justa jerarquía. *No hay antagonismo entre la razón y los valores, como pretendían los filósofos neorrománticos; mas tampoco en nombre del pensamiento racional se nieguen la religión y se posterguen la moralidad y el arte* (p.155). Así, la búsqueda de la verdad —filosofía y ciencias— ha de estar iluminada por la ética. *Si es que amamos la verdad, hay que quitarse la mala costumbre*

de ocultar los defectos de un héroe. Yo no creo en esos héroes limpiecitos que nos suelen presentar en las historias patrias de cada país. Tanta limpieza resulta sospechosa (p. 20). Es difícil para el historiador mantenerse en el justo medio y no caer en el otro extremo, so pretexto de ser veraz, sacando a relucir cuestiones que enloden y que rayen en el mal gusto y la falta de delicadeza.

En fin, en relación a los valores intelectuales Emma Godoy siempre admiró a quien tiene *pocas ideas en la cabeza. Hay que temer todo o esperar todo de un hombre de pocas ideas, porque cada una de ellas absorbe gran cantidad de energía: es una bomba o un sol, para mal o para bien* (p. 68).

El amor ha de ser universal: *no debe señalársele fronteras cerradas sino desbordarlo a todos los seres vivientes, a los seres todos de universo*. Y hemos de examinar nuestras disposiciones afectivas si queremos en verdad educar: *el amigo reprende a veces duramente al amigo más entrañable, el maestro amonesta al alumno, el padre castiga al hijo querido. Sólo tiene derecho a reprender quien de veras ama* (p. 85).

Y contra los que enfoquen el amor sólo como el reducto fisiológico de la afectividad, expresa con valentía y claridad: *Freud se equivoca. Claro que la libido no es específicamente una fuerza del sexo sino algo amplísimo: es la mismísima energía vital que lo mueve todo desde los órganos físicos hasta los resortes mentales. Podemos emplear nuestra libido en poesía, en política, en trabajo, en sexo, en religión, en deportes, en lo que sea. Es un torrente que si se gasta en un sentido, deja anémicas a las otras actividades. Y generalmente lo*

desperdician los hombres prodigándose en voluptuosidades, con lo que no disponen ya de esa energía formidable para realizar las grandes empresas (p. 87).

Es por eso que la impureza y la violencia son tan amigas como lo son la paz y el amor recto ordenado. *De la paz sólo gozarán los hombres cuando se hayan educado para el amor. La violencia es una derrota hasta cuando se yergue vencedora* (p. 90). *La única manera de vencer al enemigo es convirtiéndolo en amigo* (p. 236). *Jamás debe uno rendirse ante los violentos, sino resistirlos y oponerles la fraternidad* (p. 202).

Con relación a los valores sociales, deja claro que sólo se educan si se relacionan con la virtud: *¿Acaso la urbanidad no es en el fondo una consideración con el prójimo esto es, una delicada forma de la ética?* (p. 111).

Concibe la política como la enorme escuela para la educación del pueblo. *A un país se le puede componer desde arriba, desde la política, o desde abajo, desde la educación* (p. 146).

Pero como de todos modos son hombres los que hacen política, hay que empezar por educarlos a ellos, en vez de derrocar los sistemas. *Porque son los hombres y no los regímenes los que deciden el tono de la felicidad humana* (p. 102).

Se pronuncia contra los nacionalismos porque suelen ser ciegos e injustos (p. 85). En cambio está a favor del cooperativismo *que resulta una síntesis entre la comunidad total y el individualismo; pues las cooperativas son comunidades*

intermedias y el interés individual del cooperativista se conjuga con los intereses sociales. No hay lucha sino colaboración de clases (p. 177). Educar en la justicia social tiene relación con el sentido común y la experiencia, pues *aunque hoy se nos dieran riquezas iguales, la igualdad no duraría para mañana pues unos guardarían y otros despilfarrarían; además, sería una flagrante injusticia que el hombre laborioso y dedicado ganara lo mismo que los holgazanes y viciosos. Mas también las desigualdades exageradas son injustas y dañan la moral de los que se hallan en los extremos. Esta desigualdad es un desafío que pone en peligro la paz pública, pues provoca el odio y con él la violencia. En cambio el régimen cooperativista guarda las justas diferencias entre los hombres, pero no deja llegar a extremas desigualdades.*

La educación cívica se basa en que *derecho y deber son una sola y misma cosa: ciudadanía* (p. 55). *Es preciso que se haya educado en la observancia estricta de las leyes, antes de que una persona adopte como medio de lucha la desobediencia civil* (p. 134). *Debe quedar claro que la dignidad consiste en resistir valientemente las leyes oprobiosas, pero en acatar en cambio la eterna Ley Moral* (p. 223).

La educación física así mismo se ve iluminada por la ética: *La suciedad trae consigo enfermedades y es un incentivo de pasiones como la pereza o la sensualidad. Hay que mortificar la carne para que no se subleve contra el espíritu pero también hay que conservarla en buenas condiciones* (p. 125). *Un mínimo de bienestar físico es necesario para el espíritu tratándose de las masas. Solamente a unos contadísimos privilegiados les es posible prescindir de todo* (p. 126). *El dominio del paladar es un nobilísimo instrumento de perfección espiritual;*

la alimentación simple y frugal, incluyendo los ayunos heroicos es un medio eficaz de someter las pasiones y preparar el alma para el encuentro con Dios (p. 21).

Por último, Emma Godoy formula una pregunta que puede estar en boca de cualquier miembro de una sociedad consumista que haya perdido el norte: *¿Qué tienen que ver la verdad y la honradez en los asuntos económicos? Esas virtudes son religiosas... «business are business»* (p. 37). Quien así piense no se da cuenta que *los valores y la persona misma desaparecen ante la codicia, la ganancia, la ambición, la envidia* (p. 155). En cambio *la filosofía escolástica medieval enseña que el hombre es propietario en justo derecho de lo que necesita, pero de lo que le sobra es sólo administrador* (p. 175). Sin embargo es mejor *no sentirse dueño de nada sino administrador de las riquezas que deben dar provecho a todos* (p. 33), mediante una efectiva *renuncia a todo lo superfluo y hasta la restricción de lo necesario* (p. 113).

Pero es una buena táctica educativa *empezar por una cuestión económica y darle vuelta para convertirla en asunto de dignidad. ¿Quién dijo que la economía es lo que mueve al hombre? Siempre añora Sancho Panza ser un Alonso Quijano* (p. 159). *Mas arreglar la economía es sólo remover un obstáculo que estorba para el perfeccionamiento del alma humana. El objetivo es la reforma de los corazones, la elevación espiritual del hombre. No el hombre para la economía sino la economía para el hombre* (p. 178). ■